

Ségolène Royal, esperanza francesa de renovación de la izquierda

*A falta de ocho meses para las elecciones presidenciales francesas, el candidato de la derecha parece indiscutible: ante la enorme ventaja que le dan las encuestas, nadie osará disputar este honor a **Nicolas Sarkozy**, actual ministro del Interior. En la izquierda, en cambio, todavía podría surgir la sorpresa, aunque la gran favorita es **Ségolène Royal**, ex ministra de Educación. En la carrera por representar a su partido (PSF), Royal partió en desventaja frente a los grandes pesos del socialismo histórico: Lionel Jospin, Laurent Fabius, Dominique Strauss-Kahn y François Hollande. Al llegar el otoño de 2006, la popularidad de Ségolène es tan superior a la de sus contrincantes que su máximo rival dentro del socialismo, **Lionel Jospin**, ha anunciado su retirada y **Hollande**, presidente del PSF, le ha manifestado públicamente su apoyo. Varios debates de otoño decidirán finalmente quién es el candidato socialista, pero, con toda probabilidad, el 16 de noviembre, fecha en que se hará pública la decisión, se despejarán todas las dudas.*

Candidata en tierra quemada

El principal enemigo de la candidatura de Ségolène Royal es ella misma, pues, dentro del socialismo, concita tantas adhesiones como rechazos. Quienes no la adoran, la detestan. Las únicas bazas de los otros

aspirantes (Fabius y Strauss) no se fundan en el atractivo propio, sino en la esperanza de canalizar el voto de los detractores de Royal.

Ségolène representa, en estos momentos, el centro reformista del socialismo. Por su flanco izquierdo la ataca **Laurent Fabius**, el socialista más liberal en el pasado, que ahora enarbola contra Ségolène la bandera radical de la izquierda. En una carta dirigida a sus camaradas, califica las propuestas de Royal como «traición a la izquierda». El centro del que ella se proclama es reclamado también por **Strauss**, que dice representarlo con mayor solidez y experiencia de gestión (fue ministro de Finanzas en el último gobierno socialista, con notable éxito y tiene gran prestigio internacional).

La división del PSF sobre la Constitución europea ha aflorado de nuevo. Laurent Fabius, que pidió abiertamente el No en el referéndum de ratificación, argumenta en su favor que sintoniza y sintonizó mejor que los demás con la opinión pública francesa que, con su voto negativo, le dio la razón. Apela a lo que él llama «principio de realismo». Strauss confía en una resurrección del constitucionalismo europeo y un encauzamiento del no francés. Ségolène Royal, más cauta, elude referirse a este tema, sabedora de que genera división y ninguna de las posturas produce renta política importante.

Las cartas no están aún jugadas, pero casi. Entre los electores de izquierdas, un 50% prefiere la candidatura de Ségolène y el otro 50% se divide entre los otros candidatos. En cualquier supuesto, sea o no candidata, gane o no las elecciones, Ségolène Royal representa una puerta para la renovación del socialismo y de toda la izquierda.

Cuatro polos del discurso de Ségolène

En algunos ambientes franceses, se la denomina «la Zapatera», porque Ségolène ha asumido algunas expresiones genéricas del discurso del presidente del gobierno español. Para muchos franceses este apelativo es un elogio y para otros una descalificación. Ella lo considera «un cumplido» afirmando que «Zapatero y ella tienen un punto de comunión». Lo cierto es que Ségolène Royal se había ya curtido en política y tenía un discurso propio mucho antes de que Rodríguez Zapatero llegara a la cúspide del PSOE y al gobierno.

Royal en varias ocasiones ha dicho que desconfía de los programas perfectos, en su discurso hay elementos subyacentes a los programas de gobierno que los puedan encarnar. Destacan cuatro polos que pueden despertar nuevas fuerzas y estilos en la izquierda:

Apelación a la utopía. Su libro *Désir d'Avenir* (otoño 2006) propone un socialismo que mire más hacia un futuro por construir que a un pasado en gran parte superado por la realidad. El ser de izquierdas no significa para algunos más que dejar constancia del lamento producido por la histórica fractura de clases. Ségolène postula intentos positivos de construcción y superación de las fracturas individuales, generacionales y de clase.

Prioridad ética en política. Cuando fue ministra de Educación y tuvo que enfrentarse a la crisis de los liceos, con una eclosión de violencia estudiantil nunca antes conocida, en 119 centros no podía darse clase sin presencia policial, Royal no rehusó tomar medidas represivas. Eso sí, su finalidad no era simplemente restablecer el orden, sino fundarlo en apelaciones a la conciencia. En una del centenar de circulares emanadas de su Ministerio escribía: «puedo enviar un policía a cada aula para hacer posible que los profesores impartan sus clases, pero, hasta que la conciencia de cada joven no sea policía de sus actos, no habremos avanzado mucho». Prioridad, por tanto, a la educación moral.

Pensamiento global, acción local (*Penser global, agir local*). Ségolène ha asumido el eslogan popularizado en 1998 por el grupo ATTAC de **Joseph Bové** y al que se han adherido diversas conferencias internacionales. La perspectiva mundial, no sólo de la clase obrera, sino de toda la humanidad, constituye una de las constantes en las últimas apariciones de Ségolène Royal. No se ha refugiado en fáciles discursos antiglobalización ni se ha enmarañado en ellos para rehuir las soluciones concretas. La fórmula, bien administrada, significaría que las políticas de Francia nunca dañarán a terceros, particularmente a los países menos desarrollados. Esta será la prueba de fuego de la apelación de Ségolène a la utopía. Es fácil proclamar este principio y muy difícil renunciar a medidas proteccionistas que defienden el mercado nacional (y dan votos) y arruinan las posibilidades de desarrollo de otros países.

Entendimiento de la política como espacio de libertad en la igualdad. Esta es la esencia del llamado socialismo de centro, es decir, un socialismo que ya no establece la prioridad de la igualdad sobre la libertad individual, sino que trata de cohesionar armónicamente ambas exigencias

de la vida en sociedad. Esta preocupación es también constante en Ségolène, pues, en su reciente visita a España, lo que más alabó fueron las políticas de igualdad españolas, como la Ley de Dependencia, que —dijo— piensa proponer en Francia. Habla también de romper el «techo de cristal» que impide el ascenso de la mujer.

Luces y sombras en las medidas concretas

La utopía nunca se alcanza. A veces se la puede reconocer en el horizonte de las medidas concretas y a veces se difumina del todo en ellas. Las medidas anunciadas por Ségolène Royal quedan muy por debajo de las expectativas generadas por su discurso político. Baste citar algunos ejemplos:

El anuncio de establecer el SMIG (Salario mínimo interprofesional) en 500 euros (inferior al español) no parece ir en la dirección de crear condiciones de igualdad.

La promesa de presentar una propuesta de ley de matrimonio entre homosexuales parece un contrasentido cuando ella misma ha manifestado en repetidas ocasiones que no cree en el matrimonio y, de hecho, nunca se casó con el padre de sus hijos.

La idea de un control de la inmigración mediante contratos temporales, finalizados los cuales, los inmigrantes regresan a sus países, de donde pueden volver cuando tengan otro contrato, parece tan difícil de gestionar y de tan dudoso efecto que algunos compañeros de partido han aconsejado a Ségolène que no concrete tanto las medidas.

El discurso de Ségolène frente al nuevo discurso de la derecha

El discurso de Ségolène ha obligado a la derecha francesa a desplazarse hacia posiciones más moderadas, sobre todo en el asunto de la inmigración.

Nicolas Sarkozy, de padre húngaro y de madre judía sefardí, es autor de dos libros de temas muy actuales: *La République, les religions et l'Espérance* y *Témoignage*. El primero analiza la Francia pluricultural y los problemas

de identidad, para concluir que sólo la educación fundada en valores puede fundar la esperanza de una convivencia futura entre religiones y culturas. Es la **convergencia obligatoria en la ciudadanía**. Parece un eco de la prioridad ética de Ségolène Royal. El segundo libro, en el que narra su trayectoria como hijo de inmigrantes, se ha convertido en el bestseller del verano de 2006. Expone su experiencia de esfuerzo para cualificarse e integrarse en la sociedad francesa como ejemplo de los principios que, según él, deben regular la masiva inmigración: a) a todo inmigrante debe exigírsele un esfuerzo de **integración**; b) Francia tiene derecho a una **inmigración selectiva**, es decir, a promover la inmigración cualificada (licenciados, técnicos, mano de obra especializada) y rechazar la inmigración no cualificada.

La ley de inmigración suiza, aprobada en referéndum el 24 de septiembre es expresión pura de las ideas de Sarkozy. Esta forma de enfocar el problema de la inmigración es moralmente inaceptable, ya que supone que los países ricos se apropian, a bajo coste, de las fuerzas de trabajo que pueden redimir a los pobres. El dinero que estos profesionales envíen a sus países difícilmente compensará las pérdidas causadas por su ausencia.

Durante la revuelta de 2004-2005 Sarkozy se empleó con dureza en la detención, expulsión y castigo de los revoltosos. Parece que los pobres resultados de aquella política le han hecho apelar ahora más a la educación moral, en la familia y en la escuela. Incluso, a veces, se dirige a las diversas confesiones religiosas para implicarlas en la tarea de educar para convivir. En este punto la distancia respecto a Ségolène es muy grande.

Nunca en Europa se ha hablado tanto y con tanta antelación de las próximas elecciones francesas. Las encuestas prevén el triunfo de Sarkozy, lo que significaría el mantenimiento de la derecha en el poder, pero una derecha muy diferente de la encarnada por **Chirac**. Aunque muchos lo niegan, Sarkozy significa un desplazamiento hacia el centro.

En el hipotético caso, poco probable, de que ganara Royal, el socialismo europeo se abriría para parecerse más al laborismo británico y a las socialdemocracias escandinavas. ■

